

Una casa encantada

Virginia Woolf. Traducción de Magdalena Palmer.

A cualquier hora que despertáramos, siempre había una puerta que se cerraba. Iban de habitación en habitación, cogidos de la mano, levantando aquí, abriendo allá, cerciorándose: una pareja de fantasmas.

-Aquí es donde lo dejamos- decía ella.

-¡Ah, pero aquí también!

-Está arriba- murmuraba ella.

-Y en el jardín- susurraba él.

-No hagas ruido- decían-, o lo despertaremos.

Pero no nos despertabais. Desde luego que no.

-Lo están buscando, ahora recorren la cortina- decía uno de nosotros, antes de leer unas páginas más.

-Ya lo han encontrado- aseguraba el otro, deteniendo el lápiz en el margen.

Y luego, cansada de leer, me levantaba a comprobarlo; toda la casa vacía, las puertas abiertas, solo se oían los alegres arrullos de las palomas torcaces y el rumor de la trilladora, allá en la granja.

-¿Por qué he entrado aquí? ¿Qué andaba buscando?- Mis manos estaban vacías-. ¿Quizá arriba, acaso?

Las manzanas estaban en el desván. Y, de vuelta abajo, el jardín seguía tan tranquilo como siempre, salvo por el libro que se había caído en la hierba.

Lo habían encontrado, en la sala. Aunque nunca llegamos a verlos. El cristal de las ventanas reflejaba manzanas, reflejaba rosas; todas las hojas eran verdes en el cristal. Si se movían por la sala, la manzana solo mostraba su lado

amarillo. Pero, si poco después se abrió la puerta, se esparcía por el suelo, colgaba de las paredes, pendía del techo... ¿qué? Mis manos estaban vacías. La sombra de un tordo cruzó la alfombra. Desde los más hondos abismos del silencio, llegó el arrullo de la paloma torcaz. «A salvo, a salvo, a salvo», latía suavemente el pulso de la casa. «El tesoro escondido, la habitación...». Cesó el latido. Sería ese el tesoro escondido?

Un instante después, la luz se había disipado. ¿Fuera, en el jardín, entonces? Pero los árboles tejían la penumbra para un errático rayo de sol. Tan hermoso, tan singular, sumergido bajo la superficie, ese rayo que yo buscaba ardía siempre tras el cristal. La muerte era el cristal; la muerte estaba entre nosotros. Primero visitó a la mujer, hace cientos de años, y la casa quedó abandonada, las ventanas selladas, las habitaciones a oscuras. Él dejó la casa, la dejó a ella, fue al norte, fue al este, vio salir las estrellas en el cielo del sur; buscó la casa y la encontró abandonada bajo las colinas. «A salvo, a salvo, a salvo», latí alegre el pulso de la casa. «El tesoro es vuestro».

El viento ruge en la avenida, los árboles se agitan de un lado a otro, los rayos de la luna se derraman furiosos en la lluvia. Pero el rayo de la lámpara se mantiene impasible en la ventana. La vela arde erguida y serena. Deambulando por la casa, abriendo las ventanas, susurrando para no despertarnos, la pareja de fantasmas busca su alegría.

-Aquí dormíamos- dice ella.

Y él añade:

-Infinitos besos.

-Despertar por la mañana...

-Plata entre los árboles...

-Arriba...

-En el jardín...

-Cuando llegaba el verano...

-En el invierno nevado...

Las puertas van cerrándose a lo lejos,
suavemente, como el latido de un corazón.

Se acercan; se detienen en el umbral. Sopla el viento, la lluvia plateada resbala por el cristal. Nuestros ojos se nublan; no oímos pasos a nuestro lado, ni vemos que ninguna dama extienda su manto fantasmal. Él cubre el farol con las manos.

-Mira-susurra-. Están dormidos. Hay amor en sus labios.

Se inclinan, nos alumbran con su farol plateado, nos miran largo y tendido. Se demoran. Entra una ráfaga de viento y la llama vacila un poco. Unos turbulentos rayos de luna cruzan el suelo y la pared y, al encontrarse, tiñen los rostros inclinados, los rostros pensativos, los rostros que contemplan a los durmientes y buscan su alegría oculta.

«A salvo, a salvo, a salvo», late orgulloso el corazón de la casa.

-Tantos años...-Suspira él.

"Habéis vuelto a encontrarme".

-Aquí-murmura ella-, cuando dormíamos, cuando leíamos en el jardín, cuando reíamos, cuando llevábamos las manzanas al desván. Aquí dejamos nuestro tesoro.

Se inclinan, y su luz me hace abrir los ojos.

«¡A salvo, a salvo, a salvo!», late arrebatado el pulso de la casa.

Me despierto y exclamo:

-Ah, ¿es este vuestro tesoro escondido? La luz en el corazón.